

¿ES TERESA DE ROSA CHACEL UNA NOVELA FEMINISTA?

Teresa Garbí

*Truéquese en risa mi dolor profundo...
¡Que haya un cadáver más, qué importa al mundo!*

Esta novela, de la que tan poco se ha dicho, se escribió por encargo de Ortega y Gasset para la colección "Vidas extraordinarias del siglo XIX" que Calpe empezó a publicar en los años veinte.

El primer capítulo aparece en la *Revista de Occidente* en 1930. En 1936, Rosa Chacel entrega la novela terminada y se publica, por fin, en 1941, en Buenos Aires.

La escritora, en su prólogo a la edición española de 1980¹, explica la gestación de su obra. Al parecer, en una primera redacción, quiso escribir un canto en prosa que reflejara el estilo romántico, pero que, al mismo tiempo, no desentonara con nuestra época, tan alejada del romanticismo.

No conocía ningún dato sobre Teresa Mancha –salvo la anécdota sobre la pequeñez de sus pies–, pero esa carencia, en vez de ser una dificultad, le ofrece un mayor campo de acción, de libertad de movimientos. Teresa está en el *Canto* de Espronceda, o, mejor dicho, está su imagen reflejada en el espejo de su amante. ¿Qué clase de espejo es éste? ¿Qué fiabilidad puede ofrecer para entresacar de entre sus reflejos una figura humana, palpitante? El espejo esproncediano parece uno de esos espejos deformantes valleinclanescos, pero, si en Valle siempre se advierte, en lo grotesco, en lo esperpéntico, una vibración humana, de ter-

1.- Bruguera, Barcelona, 1980.

nura, y, puesto que a los personajes se les mira desde arriba, no se les odia ni se les ama –si acaso se les envuelve con una mirada irónica no exenta de desencanto y ternura a la vez–, no ocurre esto en Espronceda, que ofrece a nuestra vista un despojo, un cadáver, algo que debe exponerse a la pública vergüenza, al desprecio. Teresa, en el *Canto*, aparece deshumanizada, es un esqueleto deforme de alguien que fue una mujer bella. Pero es que Teresa no palpita en el poema como un ser humano independiente. Existe para y por Espronceda, vive por y para él y, en el momento en que sale de su ámbito, no existe, no debe existir y no le queda otra solución que morir de la forma más cruel, hundida entre la soledad y el remordimiento. Si se ha atrevido a alejarse de la esfera de su dios, si ha incurrido, por tanto, en un pecado de soberbia, ¿qué otro castigo le queda sino la muerte infernal, la muerte eterna, pues ya en el ánimo de todos los lectores que se acerquen al *Canto* no verán en Teresa, insisto, sino un cadáver?².

Rosa Chacel enfoca el problema desde un ángulo distinto. Según ella, en algunos aspectos de la obra esproncediana –sus escritos pornográficos– se ve la maldad de su alma; “las imágenes presentadas allí como ofensivas resultan, por el contrario, ofendidas en ellas mismas”³. El descubrimiento, por parte de Teresa, en la novela, de estos escritos y, además, de otros en los que se delata la sumisión de Espronceda a las conveniencias sociales, precipita la decepción de la mujer.

Teresa es la historia de un ser humano que ha vivido sólo para una única experiencia amorosa. Chacel se lo hace decir al personaje en la última parte de su novela: “Tú imagínate lo que puede ocurrir cuando es el amor el que recibe los agravios, a través de un alma tan llena de él que casi no es alma, que casi no es más que amor, y los ultrajes, como a tal alma, no le atañen. En este drama, el amor se venga con refinamiento, sin ruido. No tiene que hacer más que marcharse, desaparecer dejando intacta la cáscara que habitó. Dejándola entera, reluciente... para que los que se abalancen a ella se crean que tienen algo entre las manos”⁴.

Con estas palabras, Teresa aleja a Narciso de la Escosura definitivamente, dado que él no soporta que Teresa sea eso para él: un vacío, la nada que ha dejado el amor tras su marcha.

Ese amor, según Chacel, ha sido todo para Teresa. No hay sino recordar cómo concibe su vida anterior a la unión con Espronceda: “... asomando la cabeza medrosamente, contenía el aliento para que su cintura se estrechara, haciendo ya el nido para los brazos que habían de posarse en ella”⁵. No hay vida sin ese amor único por Espronceda. Antes de él, la sombra, la

2.- Para Guillermo Carnero, en *Espronceda*, Madrid, Júcar, 1974, p. 45, las no poco sorprendentes octavas condenatorias, que declaran que no quedaba más solución a Teresa, después de su infidelidad, que la muerte, son un ejemplo vigoroso de violenta censura y casi injuria del ser amado, poco frecuentes en la historia de la poesía amorosa y sello de la marcada personalidad del poeta, como lo es la octava final en la que, resumiendo el cinismo que tanto le gustaba exhibir (y no era más que expresión de su profundo desencanto por la naturaleza humana, desencanto de sí mismo, de sus ideales y sus logros), exclama, refiriéndose a la muerte de su gran amor de antaño: “¡Que haya un cadáver más, qué importa al mundo!”. Esa violenta censura del ser amado puede ser poco frecuente en la historia de la poesía amorosa, como lo afirma G. Carnero, pero no por infrecuente –en lo literario, que no en la vida– deja de ser absolutamente vulgar.

3.- P. 13 del prólogo, op. cit.

4.- Op. cit., p. 331.

5.- Op. cit., p. 52.

indiferencia lo cubrían todo; después de él no queda sino regresar al reino de tinieblas y de muerte.

Espronceda tiene la virtud de encender su vida, de iluminarla. Hace brotar, incluso, un río de recuerdos que no son algo muerto porque él los mira, los hace suyos. Todo el sentido procede de él. Sin embargo, esto no debe hacernos pensar en que la protagonista femenina actúe de manera pasiva, según los tópicos al uso —pienso en Freud— de la feminidad. Teresa, al igual que Werther o Heathcliff, son seres poseídos por el amor. Sólo son eso: amor. Y sus vidas trágicas no tienen otro sentido. Si se les despoja de él, deben morir porque se ha extinguido su llama, el fluido que les mantiene.

Rosa Chacel usa maravillosamente bien la simbología del rojo. Cuando Teresa aparece en el teatro, con su amante, entre los destellos de su vestido —vestido que ella misma ha hecho con un trabajo ímprobo—, cree que “todo el mundo reconocerá, nada más verla, la nobleza de su amor”⁶.

Porque Teresa vive ingenuamente, ajena a convencionalismos sociales. Vive su amor de manera instintiva. Rosa Chacel quiso mostrárnosla así, como “una criatura que afronta con su inteligencia natural las más arduas situaciones de su época”⁷. Por eso, cuando Espronceda, al regresar del exilio, vaya a vivir con su madre y le prepare un piso a Teresa, aparte, comienza la caída. Porque su amor no contaba con leyes sociales. Había hecho del mundo un desierto en el que sólo contaban Espronceda y ella misma. Para nada le hace reflexionar el abandono de su hogar porque carece de criterio moral. Su amor es esa llama pura que toma forma en su vestido. Un amor, una llama, que son su propia vida. Por eso, cuando muere, al final de la novela, se vuelve a insistir en lo rojo, que es, también, algo más: “... creyó ver alzarse dos formas rojas que tomaban la figura de dos ángeles, y se alejaban vueltos de espaldas, sin dejarle ver sus rostros”⁸.

¿Estos ángeles representan el amor, libre, por fin, de cadenas? Es posible. El ser humano estaría formado “de tierra loca que pugna por ser ala”⁹. En cualquier caso, representarían un impulso libre, algo aéreo que adviene, en el caso de Teresa, con la muerte. Alas y pájaros se dice que aparecen constantemente en la literatura de mujeres. Creemos que se trata de un símbolo universal. Lo mismo que antes, en la mística árabe¹⁰ y, después, en tantos escritores, este símbolo ha insistido en el deseo de ascender a otras esferas, libres de cadenas. Si los psicoanalistas han preferido interpretar la profusión de pájaros y alas como símbolo sexual y de fecundidad —¿qué no habrá sido para el psicoanálisis símbolo sexual?—, preferimos interpretarlo aquí, en *Teresa*, insisto, como una imagen del deseo de liberación de la protagonista. ¿Acaso la vida de esta mujer no aparece, en la novela, como un relámpago de

6.- Op. cit., p. 21 del prólogo.

7.- Op. cit., p. 15 del prólogo.

8.- Op. cit., p. 344.

9.- Luis Cernuda, “A un poeta futuro”, *Poesía completa*, Barral, Barcelona, 1974, p. 302.

10.- Véase el estudio de Luce López-Baralt, *San Juan de la Cruz y el Islam*, Libro Hiperión, Madrid, 1990, pp. 269-271. “Autores y obras que de una manera u otra manejan el símbolo del alma como pájaro (tan antiguo que lo tenemos documentado desde el Antiguo Egipto), como San Buenaventura, San Bernardo, Hugo de San Víctor, Lulio, el Beato Orozco, Laredo, incluso textos anónimos medievales como el *Libro das aves* portugués y el *Ancren Riwle (The Nun's Rule)* de una desconocida anacoreta inglesa del s. XIII”. “Los musulmanes —como los cristianos— han utilizado durante siglos este símbolo, que ya adivinamos tiene connotaciones místicas en el *Corán*”. C. Jung, en *Símbolos de transformación*, Paidós, Buenos Aires, 1962, p. 300, dice: “Se descubren en los mitos los elementos típicos de la libido: bisexualidad originaria, inmortalidad (invulnerabilidad) por retorno a la madre, resurrección como pájaro-alma y renovación de la fecundidad”.

verdad, un intento de vuelo que, inexorablemente, se ve coartado por rejas, cárceles, muros de incomprensión, empezando por el mismo objeto de su amor, Espronceda? Teresa habría podido ser la libertad. Pero, al igual que el ruiseñor, la blanca Filomena, termina por alimentarse de trozos de corazón podrido. Teresa, al final de su vida, "se despreja por su pasado y por su presente"¹¹, consume su corazón, sus recuerdos, el amargo resto de la seda escarlata de su vestido "cuando creyó tener en sus manos el poder mágico, el signo sublime..."¹². Pero Chacel, vuelvo a decirlo, al final deja que salga liberado ese signo sublime en dos formas rojas. El ruiseñor devorando trozos de corazón podrido, a Teresa, le produce náuseas. Teresa, alma violenta, según Espronceda, devorándose a sí misma, devorando su propia llama, enviñeciéndose. Con la muerte, en la novela de Chacel, comienzan a ser realidad sus deseos. Sin duda, Chacel ha dejado, en la última página, escapar al ruiseñor. La amargura profunda de Teresa, el insulto de Espronceda se han transmutado en rojas alas. He aquí lo que logra el arte: arrebatada cadenas, da sentido y libertad, elimina lastre y permite el vuelo. La vida siempre entre la realidad y el deseo. El arte, inclinando la balanza hacia el deseo, pero a costa de escamotear la vida.

¿Qué dice Rosa Chacel sobre su personaje que pueda iluminar nuestra interpretación? Nos advierte en el prólogo de 1980 que no quiso convertir a Teresa en un ser literario. Deja de lado el bovarismo o hipertrofia del deseo de libertad que habría caracterizado a los románticos y dice que, en Teresa, lo que vamos a encontrar es realidad y pasión, "... lo menos abundante y, por tanto, lo que había que pagar más caro"¹³, y, más adelante, añade: "la dejé lanzarse, llevada por su fe; la hice confiar en lo que toda mujer superior confía: en la eficiencia de la Belleza, como Divino Rostro del Bien". Considera esta fe como inherente al ser femenino.

Y bien, a partir de este momento debemos aclarar los aspectos que más nos han interesado estudiar:

1) ¿*Teresa* se puede interpretar como una novela combativa, feminista?

2) ¿Qué rasgos posee el personaje central? ¿Qué psicología se le atribuye? O, mejor dicho: ¿cómo se ha forjado, literariamente hablando, de la nada, un ser tan esencialmente humano y libre?

Mas ¡ay! que es la mujer ángel caído
O mujer nada más y lodo inmundo.
Hermoso ser para llorar nacido,
O para vivir como autómatas en el mundo.

1. ¿*Teresa* es una novela feminista?

1.1. Ideas de Rosa Chacel sobre feminismo y mujer

Respecto al feminismo, Rosa Chacel se ha manifestado en varias ocasiones. En una entrevista define a la literatura femenina negativamente¹⁴. Pero su actitud hacia este tema ha sido la de una pensadora que no liquida una cuestión de un plumazo, sino que ha indagado y reflexionado sobre ella largamente. Ahí está su libro *Saturnal* para confirmarlo. Enseñada

11.- Op. cit., p. 341.

12.- Op. cit., p. 333.

13.- Op. cit., prólogo, p. 21.

14.- *El País*, 30 de enero, 1988, Supl. Libros, n.º 171, p. 5.

nos ocuparemos de él. Antes nos interesa saber algo de la formación de Rosa Chacel. Su artículo "Autopercepción intelectual de un proceso histórico"¹⁵ puede ayudarnos mucho. En él nos habla de su formación artística en la Academia de San Fernando (1915), de sus lecturas filosóficas: Platón, Nietzsche, Schopenhauer, Kant, "todo ello, para mí, unánime, armónico, como la voz de un solo hombre, es decir, del hombre"¹⁶. Siempre alude al ser humano así, con el término "hombre" o con mayúscula. Ese término, supone, abarca a ambos, hombre y mujer. No parece advertir la falacia de la filosofía que asimila. ¿Qué pudo sentir al leer a Schopenhauer, por ejemplo, que en *El amor, las mujeres y la muerte*¹⁷ abomina de la mujer llamándola "sexo inestético" y, lo que es peor, exige que no se la considere igual al hombre, se le nieguen todos los derechos y se la relegue por completo al ámbito doméstico? ¿Cómo pudo encajar las ideas de Freud sobre la feminidad? ¿No sentiría una sorda irritación al conocer afirmaciones tan peregrinas, expuestas como artículos de fe científica, irrefutables, por tanto, y que definen a la mujer como un ser sin alas, casi sin super-yo, sin capacidad intelectual? ¿Advirtió Rosa Chacel, una intelectual con grandes dotes para la filosofía, culta, artista, lo absurdo, lo injusto de estas ideas que se aceptaban sin el menor reparo, como verdades a priori, evidentes, que nadie puede desmentir, pero que castran y clasifican a media humanidad?

Seguramente consideró grotescas y absurdas estas afirmaciones y, por eso, al no merecerle ningún crédito, las desestimó. Así ocurre con muchas mujeres intelectuales: la risa que les producen tales extravagancias parece que les exime de la lucha. ¿Para qué luchar contra algo falso, estúpido, irrelevante? Es mejor volverle la espalda y seguir trabajando. Sólo que ahí detrás, a su espalda, están preparándole una trampa. Nada se dice sin consecuencias. Y los filósofos que han afirmado aberraciones sobre la mujer han influido en la sociedad, en hombres y en mujeres. Sus asertos son, hoy, asertos que pueden oírse en los cafés, se pueden ver en los medios de comunicación. No los encontraremos, es obvio, en Rosa Chacel. Ahí están, en sus novelas, sus complejas protagonistas femeninas para atestiguarlo.

Pero Rosa Chacel cree en el hombre. No advierte la "falacia" de la cultura. Sin embargo, ella la ha padecido. Pensemos: se trata de una escritora de la generación del 27. ¿En qué manual de Literatura de B.U.P., por ejemplo, aparece, aunque sólo sea citada? ¿Se le dedica una atención suficiente, de acuerdo con sus méritos literarios, que son muchos? En absoluto. Si alguna vez se cita a esta escritora, se hace como si de un escritor marginal se tratara. Y lo mismo ocurre, aún más acentuado, quizá, con otras mujeres miembros de su generación: María Zambrano o María Teresa León.

Seamos justos: *Teresa* es una novela excepcional. Una de las pocas novelas excepcionales que se han publicado en España desde los años treinta a nuestros días y, sin embargo, a juzgar por la bibliografía que he consultado, no se le dedica la más mínima atención¹⁸. ¿Qué ocurre? ¿Acaso no se ha leído esta novela? Es muy posible. Cuando aparece, en el año 63, Chacel debía ser casi desconocida en España, y luego, en 1980, llega tarde. Muchas mujeres, en ese momento, han publicado en España —novelas mucho peores, por cierto—, y *Teresa* no es una novedad, pero tampoco es un clásico porque nadie la conoce. He aquí que a la novela

15.- "Rosa Chacel. La obra literaria, expresión genealógica del Eros", *Anthropos*, n.º 85, pp. 16-34, 1988.

16.- *Anthropos*, op. cit., p. 26.

17.- Petronio, Barcelona, 1974, p. 38.

18.- Por ejemplo, E. de Nora, en *La novela española contemporánea*, Gredos, 1968, incluye a Rosa Chacel en un grupo de prosistas "deshumanizados", líricos o intelectuales. No comenta *Teresa* y llama a *Estación de ida y vuelta* prenovela.

de Rosa Chacel le ha ocurrido algo semejante a lo que le ocurre a su protagonista: va contra corriente, es marginal, solitaria.

Volvamos a la primera de las dos cuestiones que hemos planteado antes: ¿*Teresa* podría interpretarse como una novela feminista? Hemos de contestar negativamente. Chacel no escribe una novela comprometida. No parece esa su intención, no sólo porque no lo explicita en ningún momento, sino porque su personaje no vive defendiendo ni, mucho menos, asumiendo ninguna causa. La única causa, para ella, es su amor por Espronceda.

Ahora bien: que Rosa Chacel no haya deseado escribir una novela feminista y que su personaje no actúe concienciado como tal, no quiere decir que *Teresa* no sea una novela feminista. A lo largo de la novela advertimos bastantes reflexiones en torno a la feminidad y, además, el personaje mismo, Teresa, como veremos después, rompe con esquemas tópicos que los filósofos antes citados y la sociedad misma habrían adjudicado a la mujer. Rosa Chacel se adelanta considerablemente a lo que han de hacer por la mujer las escritoras de generaciones posteriores. Éstas ofrecen una imagen de lo femenino muy negativa, caracterizada por su pasividad, masoquismo y esclavitud sexual. Y, sobre todo –eso es lo peor–, sus novelas no tienen la calidad de las de Chacel. En este sentido, con *Teresa* nos hallamos ante un feminismo profundo. ¿De qué habría servido que Rosa Chacel se lamentara, incurriendo en la tesis, de la situación de la mujer sí, al mismo tiempo, nos lo dijera en una mala novela? ¿De qué puede servir al feminismo que se escriban novelas caducas, decadentes –por falta de innovación–, novelas sin futuro pues sólo lamentan sin construir y son, por tanto, conservadoras porque no ofrecen ninguna salida –y lo que es peor, ninguna complejidad– a la mujer?

Pues bien, insisto, *Teresa* es una novela feminista en un sentido importante del feminismo: ofrece un mundo complejo, nada convencional, en el que hombre y mujer se debaten, se enfrentan a la vida, ahondan en sí mismos, se rebelan, se torturan, se encarnan.

Espronceda, cuando recuerda su vida, dice: “La vida de un chico es muy diferente. Están ante todo los camaradas, los mil proyectos que se emprenden con ellos, es escaparse de casa cuando no le dejan a uno salir. Los sueños empiezan más tarde”¹⁹.

La vida de Teresa no tiene salidas, debe cambiar de dueño, aunque eso le produzca una convulsión de asco, “pero que salve de la muerte a nuestros sentidos”²⁰. Ella no tiene “una habitación propia” –de trabajo, quiero decir– ni es, ya lo dijimos, una intelectual, y, además, carece de preparación para ganarse la vida. Tan sólo sus bordados pueden eximirle, en parte, de la miseria absoluta. Es decir, Teresa se enfrenta a la vida con el bagaje habitual de una mujer del siglo XIX. De ahí que deba cambiar de dueño. Ahora bien: eso es una evidencia por la que Teresa pasa como sobre ascuas. Pero Teresa no es eso, no es una sierva que se lamenta de serlo. Ella es un “espíritu indomable”. No pueden frenar su ansia de libertad, su mundo propio, ni Mss. Langridge, ni Bayo, ni Espronceda. Y, cuando es preciso, abandona a aquellos que intentarían mantenerla esclavizada. Se rebela, sí; pero no advertimos en ella la bandera de la rebelión, sino un hundirse cada vez más profundamente en su mundo de imágenes borrosas que nada tienen que ver con la vida convencional. Ésas imágenes borrosas, a fuerza de chapotear en ellas, a fuerza de soledad, se transforman en una ciénaga en la que, por fin, naufraga Teresa. En ella misma. Sólo que –ya lo dijimos–, al igual que en los mitos

19.- Op. cit., p. 53.

20.- Op. cit., p. 57.

clásicos, al final el pozo de dolor se transforma en vuelo. Así lo ha querido Rosa Chacel para su personaje, al que con tanto respeto y tanto amor ha dibujado²¹.

Ni Mss. Langridge, que considera a Teresa cosa suya: "¡Y lo era: nadie podría negárselo! Ella estaba cultivando aquella planta salvaje, y estaba segura de llegar a conformarla y conducirla paralela a su propia vida, porque ésa es la verdadera posesión"²²; ni Mss. Langridge, insisto, podrá dominarla –curioso que esa mujer tenga actitudes y aspecto masculino porque parece que el afán de dominio venga siempre del mundo masculino–; ni, mucho menos, Bayo, con ese adormecedor ambiente de cariño en el que la condena a vivir; ni tampoco Espronceda, entregado a la política, a la literatura, pero no al amor de Teresa, al menos con la decisión y arrojo que ella precisa, doblegan el ansia ¿de libertad? ¿Qué es eso que, al final de la novela, la hace mirar con ojos sedientos a los hombres que escriben en los cafés? Le arrebató "como una esperanza de la sangre. Y esto le hacía sentir miedo de sí misma como de la oscuridad, porque no comprendía su propio misterio, aquella planta maléfica que rebrotaba más poderosa que la misma vida"²³. Esa sed inagotable sólo puede saciarse después de la muerte. Al menos eso parece decirnos la novela.

Teresa vive, durante toda su vida, atenta sólo a esa oscura llamada interior. Hay un momento en que parece tomar forma en Espronceda. Él habría podido ser la respuesta. Pero no existen respuestas absolutas. Teresa, que no sabe nada de esto, que cree y vive ingenuamente, no puede soportar la decepción. Para ella, ésta es irrepetible, porque si en Espronceda, en esa encarnación de la oscura llamada, había puesto todo, ¿cómo se puede reparar una rotura? Nuestro personaje no sabe de componendas, de complicidades con la vida. Por eso no le queda otra solución que autodestruirse. En ello se había empeñado siempre. Puede objetarse que aquí hallaríamos una muestra de pasividad femenina. No lo creo. Esa autodestrucción se relaciona, más bien, con su pureza, su ingenuidad de sentimientos, que la llevan a autolesionarse antes que a lesionar a otros.

No hay pasividad en Teresa. No soporta la negación en que pretende sumirla su mentora. Siente que la vida ha de crecer, realizarse, y que esa vida nada tiene que ver con las palabras de Mss. Langridge, "huecas, sin sentido ni jugo, deshaciéndose en pompas"²⁴. Esas palabras se dibujan en dos barras de ébano, en cruz, sin Cristo. Si nos fijamos en esta asociación de imágenes, observaremos que Teresa toma a Cristo como símbolo de vida. Precisamente el dios considerado más femenino. El leño, árbol de vida, también es la muerte, la negación del amor, de la piedad. Si relacionamos este valor vital del dios crucificado, muerto, con la degradación, autorrenuncia y auténtico calvario que a Teresa la conducen, en la novela, a la muerte, observamos que todo esto último adquiere sentido, anuncia la resurrección. No se trata de una visión religiosa. No queremos decir esto. Si acaso hablamos de la resurrección habitual que sucede a toda muerte, en la naturaleza, en los dioses. Así parece interpretarlo Raquel Asún: "Rosa Chacel, que ha logrado transformar las claves biográficas de la protagonista y dotar de sentido a una existencia dependiente antes sólo de Espronceda, transforma el significado último y conduce a Teresa más allá de lo que lo hiciera el poeta romántico. Porque ha logrado, en primer lugar, hacer de la muerte una afirmación de la vida a tra-

21.- Clara Janés, en "La nueva novela de R. Chacel", *Anthropos*, Ámbitos Literarios, Barcelona, 1990, pp. 61-71, considera que "tanto en *Teresa* como en *Leticia* se produce la identificación del protagonista con la autora", p. 66.

22.- Op. cit., p. 83.

23.- Op. cit., p. 341.

24.- Op. cit., p. 86.

vés de la criatura que ha sabido singularizarla²⁵. Y continúa un poco más adelante: "A Teresa no la llorarán sus hijos, nos decía Espronceda, pero, nos dice Rosa Chacel, la llorará quien, como ella, sin tener historia, posee la clave de un vivir profundo".

Volviendo al asunto de la posible interpretación feminista de Rosa Chacel, también Asún se opone a que, respecto a *Teresa*, se caiga en "la fácil tentación de adjetivarla como feminista, iconoclasta o antiacadémica, porque ni eran éstos los motivos ni la historia construida está basada en ellos"²⁶.

Sin embargo, otro escritor, Juan Gil-Albert²⁷, se refiere a la novela de Rosa Chacel *La sinrazón*. En ella, según señala el escritor, se afirma "cómo nuestra época se fue feminizando. Eso es lo que no comprendió Nietzsche, en el sentido de la pacificación, de la piedad, del respeto a la vida"²⁸.

No obstante, Chacel, en *Saturnal*²⁹, coincide con Freud en las apreciaciones sobre lo característico de la feminidad. No obstante, considera la pasividad rasgo humano, no sólo femenino: "reconocer su pasividad, su vulnerabilidad y la limitación ingénita de su libertad fue, por parte de la mujer, su primer acto de humanidad, su primera contribución a las leyes³⁰. Aunque añade: "si la mujer desea el objeto de su amor, su mente le dictará la idea de ser poseída, porque así se dice, pero su deseo, en tanto que impulso, es deseo de poseer"³¹.

También, como Freud, admite "la ingénita vanidad de la mujer (...) la mujer, por el deseo que despierta en el hombre, se juzga a sí misma, se siente por él seleccionada, autorizada a existir"³². Por eso Chacel se opone a la lucha de los sexos que afirma S. de Beauvoir y dice no comprender a esta escritora "cuando sostiene que la mujer aparece en el seno de una totalidad como lo Otro (...) lo Otro –continúa Chacel– se refiere a lo femenino, nunca a la mujer, que es un concreto y determinado existente"³³. De ahí que la mujer sea para el hombre el Otro y no lo Otro. Y, concluye, la realización plena de la mujer llegará a través del "proceso que más acerque a la mujer no a la cultura, sino a la hombría y más lleve al hombre a bucear en la feminidad"³⁴. Según palabras de Rosa Chacel: "La conciencia de la mujer se edifica

25.- "Teresa o el personaje sin historia", *Anthropos*, op. cit., p. 49.

26.- Op. cit., p. 47.

27.- "Carta a propósito de una española", *Anthropos*, op. cit., p. 34.

28.- Op. cit., p. 37.

29.- *Saturnal*, Seix Barral, Barcelona, 1972, p. 30. Rosa Chacel escribió *Saturnal* entre 1959 y 1960.

30.- *Saturnal*, op. cit., p. 41.

31.- Desde luego, *Saturnal* es un libro difícilmente asimilable por las feministas en algunos aspectos. Sobre todo, en la afirmación de Chacel respecto a que "la homosexualidad en la mujer es inusual" y que las relaciones entre mujeres se basan en "la pugna o competencia" (p. 45). Por eso insiste más adelante, en el capítulo IV, en el que trata de distinguir entre lucha y guerra, en que la mujer no pierde ocasión de herir o humillar a alguien. Llega a preguntarse: ¿Se vio alguna vez que las mujeres que sufrieron la oposición de los hombres en su carrera literaria, o, simplemente, en el deseo de estudio (...) encontrasen ayuda en las mujeres que hubieran podido dársela?" (p. 170). Tampoco su oposición tajante a tratar el problema de la mujer al mismo nivel que el de las minorías raciales sería asimilable por cierto feminismo. Esta idea le parece insensata. También su opinión respecto a Virginia Woolf –que tan cuestionada ha sido, no obstante, desde el feminismo actual– choca con la consideración que de Woolf se tiene como de una pionera. Rosa Chacel, sin embargo, la considera "gran artista y pésima teorizadora" (p. 50).

32.- *Saturnal*, op. cit., p. 48.

33.- Op. cit., p. 51.

34.- Parece aproximarse a las ideas de Jung, según quien, "por lo que se refiere al carácter del alma, rige el principio fundamental general de que, en conjunto, el alma se comporta complementariamente respecto del carácter externo". "Una mujer muy femenina tendrá un alma masculina, y un hombre muy viril, un alma femenina". *Tipos psicológicos*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1965, p. 203, t. II.

con y sobre su pasividad, con y sobre su vulnerabilidad; sin embargo, es conciencia". Al ser capaz "la mujer de asumir estas propiedades, esto significa que son aceptadas por algo que no es pasivo —puesto que decide— ni vulnerable —puesto que persevera—"35. Y si a la escritora le parece que leyes y costumbres "parecen haber coartado el desarrollo intelectual de la mujer", eso se debería a que "la mujer no puede ni quiere quedar expuesta al ataque del hombre"36.

¿Cómo caíste despeñado al suelo,
Astro de la mañana luminoso?
Espíritu indomable, alma violenta...

1.2. *Lo femenino en Teresa*

Teresa, en cambio, no teme a nada, es un individuo libre. El temor, si acaso, la vuelve sobre sí misma. Siente horror y asco "de sí misma, de su papel en aquel mundo, de su falsedad, de su impostura"37. Esa sensación de marginación, de exclusión del mundo, es lo que va a caracterizar a Teresa. Y no se trata de una aureola romántica, propia del ser misterioso o genial. Es la aureola de un ser humano, único, aunque no especialmente genial en nada. Es la aureola de la soledad, del riesgo.

En algún momento, no obstante, Teresa sí teme: oye el entrecrocarse de los aceros en los ejercicios de esgrima. Ella ha sido excluida de la vida social y se ha quedado sola con los hombres. Le agrada ver las exhibiciones, aunque "salía siempre trastornada de aquel universo donde, a pesar de haber estado, no había podido penetrar"38. Y dice textualmente Rosa Chacel: "Tenía miedo de aquel elemento que le rodeaba: los hombres"39. Quedarse sola con hombres significa quedarse aún más sola, puesto que no puede aprender su misterio, ese mundo ruidoso, de acción, en el que su ritmo no se colapsa con la llegada del amor.

Para Teresa, la experiencia amorosa lo invade todo. Pero no sólo eso: aspira a invadir, a dominar el mundo de su amante, o, mejor dicho, a ser el mundo para su amante. Espronceda llega a sentirlo así: "El mundo es tu espejo, tiene tu nombre"40.

De ahí que, cuando Espronceda, a la vuelta del exilio, vaya a vivir con su madre, abandonando, en lo esencial, a Teresa, se quiebre la relación y se precipite la caída. Y, si es cierto que Teresa se siente en situación precaria, sin defensa, no por ello dejará de responder al abandono, primero, y al desengaño, después, pese a que la primera reacción sea de pasividad: ya en el piso, Teresa pasea de un lado a otro, da puntapiés a su saco de mano porque

35.- *Saturnal*, op. cit., p. 56.

36.- *Saturnal*, op. cit., pp. 56 y ss. Claro que, vistas desde hoy, en plena guerra de los Balcanes, las afirmaciones de Chacel nos parecen pura utopía —sin que esto se interprete como un juicio peyorativo para la utopía, tan necesaria en la vida—, idealismo sin base. Si hubieran tenido alguna realidad, habríamos avanzado hacia ese paraíso de feminización. Y, en cambio, observamos que esa feminización no llega naturalmente, sino que, caso de llegar alguna vez, lo hará forzada por unas leyes. Si Rosa Chacel, al decir que el mundo camina hacia la feminización, se refiere, por intuición, a una serie de leyes de índole natural, no nos podemos pronunciar sobre ello. Resulta difícil creer en ese proceso de feminización ahora, cuando nuestro mundo occidental, supuesto modelo de civilización, se ha desenmascarado mostrándonos, ya sin disimulo, brutalmente, su nulo respeto por la vida y su único móvil: el dinero. El desarrollo de los pueblos subdesarrollados no llegará mientras no se ponga freno al expolio a que son sometidos por parte de los países industrializados. La mujer no podrá desarrollarse libremente mientras las leyes y el mundo de la cultura no trabajen por su libertad.

37.- *Teresa*, op. cit., p. 91.

38.- Op. cit., p. 97.

39.- Op. cit., p. 98.

40.- Op. cit., p. 103.

"necesitaba descargar aquel golpe en un cuerpo blando y pasivo, sintiéndose, al mismo tiempo, identificada con aquella pasividad"⁴¹.

¿Qué ocurre, entonces, entre Espronceda y Teresa? Lo que Teresa había sentido unido como un solo ser, se separa. Espronceda es el otro y ella es, también, la otra. Otro cuerpo se apodera del suyo y el amor deja de realizarse como una confluencia impetuosa⁴².

Pero mientras la llama de Teresa y toda su vida dejan de tener sentido y se apagan, Espronceda sigue brillando igual porque él nunca ha vivido sólo para ella. Teresa se había perdido "como en una sangría y creía entender que esto delataba la pequeñez y la flaqueza de su carácter, que sólo sabía subsistir en el clima de amor, manteniéndose de otra vida. Acaso, en resumen, era esto el sino de su sexo: arder un momento en la hora arrebatada del deseo y después caer, rodar en la monotonía... ¡No así los hombres!"⁴³.

Claro que Rosa Chacel critica a los amigos de Espronceda por su vanidad y retórica. Denuncia, además, su convencionalismo, su sumisión a la sociedad y su ceguera, puesto que son incapaces de comprender a los seres que viven realmente⁴⁴.

Es curioso que Teresa, personaje que vive –o muere– en libertad, contraste fuertemente con las ideas que Chacel expone en *Saturnal*. En este ensayo la escritora se muestra partidaria de una especie de determinismo que obligaría a la mujer a ser y a actuar de una cierta manera. Así manifiesta que, si la mujer quiere "superar ese estado de cosas –opresión económica que la conduce a la prostitución o a un matrimonio indeseable– tiene que empezar por superar su naturaleza"⁴⁵. Sin embargo, si es cierto que Teresa había aceptado el matrimonio como un cambio, lo abandona en cuanto conoce la posibilidad de una relación intensa, y si al final se prostituye, no lo hace por necesidad económica, sino por el deseo irreprímible de destruirse, de morir. Y, además, si Teresa recibe una ayuda desinteresada por completo, ésta le viene siempre del ámbito de la piedad, de lo femenino. Los hombres o las mujeres masculinas suponen la castración, el convencionalismo, la rigidez.

Es decir: Rosa Chacel contradice con su personaje lo que afirma en el ensayo. Y, si llega a coincidir con el propio Schopenhauer en *Saturnal*⁴⁶, en su novela *Teresa* nos presenta relaciones amorosas entre mujeres de edad –Celia, la propia Teresa– y hombres jóvenes.

"La mujer es su cuerpo lo mismo que el hombre (...) pero como su cuerpo es diferente, resulta diferente su modo de ser"⁴⁷. Con esta afirmación, Rosa Chacel se desmarca, en cierto modo, de la consideración de la mujer, ante todo, como un cuerpo. Sin embargo, admite la diferencia. Y ya sabemos que la diferencia –por lo que llevamos expuesto– implica sumisión. Al menos en teoría. Aunque la diferencia, en otras teorías feministas, habría conducido

41.- Op. cit., p. 128.

42.- Op. cit., p. 142.

43.- Op. cit., p. 148.

44.- Ver pp. 154 y ss.

45.- *Saturnal*, pp. 61-62.

46.- Op. cit., p. 58. Schopenhauer, op. cit., p. 21, opina que "una mujer de edad –es decir, incapaz de tener hijos–, no nos inspira más que un sentimiento de aversión". Y, más adelante, añade: "En las jóvenes, durante algunos años, parece que la naturaleza las embelleza con una gracia y una perfección maravillosas, a fin de que durante esos rápidos años de esplendor puedan adueñarse de un hombre y arrastrarle a cargar legalmente con ellas" (p. 35).

47.- *Saturnal*, op. cit., p. 71.

a la asunción de un mundo femenino que no necesita lo masculino y que se expresa con otro lenguaje, próximo a la naturaleza, a la tierra, lenguaje del cuerpo⁴⁸.

El cuerpo de Teresa logra su sentido por amor. Ya veíamos antes cómo, al distanciarse psíquicamente de Espronceda, de inmediato siente que su cuerpo es otro; no es su amante. Cuerpo y espíritu están unidos. El espíritu se expresa a través del cuerpo, es el instrumento de comunicación entre los amantes, instrumento ingenuo y puro. Si se rompe la unión mental, ya no existe unión de los cuerpos.

En el capítulo III de *Saturnal*, Chacel se apoya en ideas de Kierkegaard, Bergson y Rilke. Para este último, en el futuro, hombres y mujeres se unirán "para soportar juntos el peso de la carne que les ha sido dada"⁴⁹. Algo semejante opinan Kierkegaard y Bergson. El temor de Rosa Chacel es que, en el futuro, no se necesite a la mujer porque la amistad desplazaría al amor y, añade, no se muestra partidaria —lo señalábamos antes— de la guerra entre los sexos, sino, más bien, la guerra se realizaría entre prójimos. Según Chacel, no sólo habría impedido el libre desarrollo de la mujer la tiranía del hombre, sino también la de la mujer. Constatamos en *Teresa* —y a pesar de que notamos antes la presencia de la piedad en el ámbito femenino— ese desprecio que las mujeres del pueblo lanzan sobre Teresa. Incluso en una ocasión, en Valladolid, es un hombre el que, mirándola, advierte que se halla ante una persona digna de respeto y, por eso, la deja ir mientras que las mujeres siguen insultándola⁵⁰. Es decir, la relación de Teresa con el mundo de las otras mujeres es muy compleja, como lo es todo en su interior. Sin embargo, no ocurre así con la consideración que le merecen los hombres: "¡Los hombres! ¡Qué ciudadela amurallada! ¡Qué castillo, qué torre, qué estancia última guardada a la puerta por la amistad! (...) Todas las intimidaciones y las ternuras, todo es capaz de usurparlo la amistad. ¡Hasta de los vicios sabe hacer estrellas para su cielo! (...) y el amor no puede hacer más que merodear alrededor"⁵¹.

Chacel da por sentado, en *Saturnal*, que el ser femenino radica en el fenómeno de la maternidad. Pero también, dice, debe respetarse el espíritu paternal de los hombres. Y asimismo ellos deben asimilar la maternidad porque ésta supone la erradicación de la guerra. Ahora bien, si atendemos ahora a *Teresa*, ¿qué es lo que significa su maternidad? Chacel no presta ningún interés a este tema. Es más, el manifiesto desinterés de Teresa por él nos hace sospechar que la posible realización del personaje —caso de llegar alguna vez— llegaría a través del amor, pero no a través de la maternidad. Cuando Teresa pretende hablarle a Espronceda de lo que significa tener un hijo, escribe: "Un hijo (...) ¿Qué es un hijo? (...) al querer explicarlo, veía que tenía que encontrarle sentido, saber, en realidad, lo que significa un hijo. Lo cierto es que ni siquiera sabía lo que había significado para ella el suyo"⁵². Esa misma

48.- Véase *Entre l'écriture* de H. Cixous, Des Femmes, París, 1986; *El cuerpo a cuerpo con la madre*, Lasal, Barcelona, 1985, y *Ese sexo que no es uno*, Saltés, Madrid, 1977, de L. Irigaray.

49.- *Saturnal*, op. cit., p. 143.

50.- Véase p. 291. También en p. 262 constata Teresa que las mujeres, a su paso, "afilaban sus zarpas sañudas". No se trata, sin embargo, a juzgar por lo que dice Chacel en su libro *Saturnal*, de que la escritora no vea las injusticias, pero añade: "nunca he aceptado los argumentos que de todo ello sacan porque, en el total de injusticia y tiranía que hasta el día de hoy disfrutó el mundo, la mujer tuvo su parte activa siempre que encontró ocasión, y así las cosas fueron como fueron" (p. 33). Y continúa más adelante: "es ridículo que la mujer responda con lamentaciones de su triste destino y es ineficaz que los combata con sabios argumentos. Lo único deseable es que la mujer llegue a lograr claridad para consigo misma sobre lo que quiere, puede o no puede, debe o no debe tolerar" (p. 34).

51.- Op. cit., p. 272.

52.- Op. cit., p. 92.

sensación de extrañeza sentirá con la hija que tiene con Espronceda. En cualquier caso, los hijos, para Teresa, no pueden mitigar su soledad. Al contrario, la fragilidad, el hermetismo de esos seres parece que la acentúan. Cuando se separa de su hija para huir con el estudiante, Teresa olvida todo y ni siquiera quiere dar advertencias a la criada sobre el cuidado de la niña “para no fingir que tenía sentido del deber”⁵³.

El sentido maternal que, en el hombre, estaría en el acto de engendrar –“otra forma de parir”, según Chacel⁵⁴–, debe desarrollarse en el hombre para que, así, se tienda a suprimir la guerra. La familia –dice– es una creación humana y no debe mantenerse forzosamente por los hijos.

Las conclusiones de Rosa Chacel son muy idealistas. Según la escritora, en la liberación económica y social de la mujer no puede haber ya un retroceso, y siendo nuestra época y el mundo occidental especialmente respetuosos con la vida humana, caminamos –aunque falte tiempo aún, observa la escritora– hacia “una vida libre de la degradación inherente a la miseria”⁵⁵. Haría falta –aunque reconoce que no está segura de nada– una creación, una obra divina del espíritu capaz de transmitir amor generador a una humanidad. Y, contrariamente a los peligros apocalípticos que algunos señalan en el progreso de la ciencia, Chacel considera un acierto tener fe en la misma. Por eso, insiste, cree en la ética del conocimiento y “hay que deshacerse de todos los sistemas que están fuera del conocimiento objetivo, fuera de la verdad, extraños, hostiles a la ciencia, que quieren utilizar, mas no respetar y servir”⁵⁶.

Las mujeres han perdido sus connotaciones de belleza. Pero esto supone su ascenso a la contemplación de la belleza, en igualdad con el hombre. En ese mundo ideal, mundo que gira en torno a la ciencia, al “conocimiento de las leyes biológicas y del universo, (...) las almas se identificarán con las leyes de la vida, se afiliarán a ella (...). Destrucción será el único pecado que quede en pie”⁵⁷. Es curioso que Chacel, cuando habla de ciencia, se refiera a ella como todo aquello que está dentro del “conocimiento objetivo” cuando, precisamente, lo que trata de investigar la ciencia moderna es, en gran parte, la relación de ésta con las intuiciones –¿conocimientos también?– de la mística.

He aquí algunas de las ideas de Rosa Chacel. La destrucción, el único pecado. Desde luego, en *Teresa*, la protagonista, desde que Espronceda la abandona, primero, y, después, ella conoce sus escritos en los que la imagen de la mujer aparece totalmente degradada, se desliza por la pendiente de la autodestrucción⁵⁸. ¿De dónde procede esa autodestrucción? Hemos dicho que del desengaño. ¿Qué podía haberle preservado? Sin duda, las enseñanzas de Mss. Langridge, al principio de la novela, podrían haberla encorsetado, haberle provisto de una disciplina, unas defensas con las que afrontar la vida, negándola, desde luego. Protegiéndose de ella también. Pero Teresa vive en el riesgo. No soporta la convencional rigidez de su maestra ni la doblez perversa de los amigos de Espronceda, en los que Teresa intuye falta de respeto a su persona, ni la frivolidad de acartonados galanteadores –Salvador en casa de Hervieu–.

53.- Op. cit., p. 256.

54.- *Saturnal*, p. 144.

55.- Op. cit., p. 218.

56.- Op. cit., p. 283.

57.- Op. cit., p. 290.

58.- Teresa sueña que lleva una mujer en un saco y la va golpeando. Los sueños serían, según Freud, realización de deseos. “Era la mujer aquella que nunca había visto, ¡tan temida! O acaso era la Mujer, todas las mujeres” (p. 175).

¡Una mujer! Deslízase en el cielo
Allá en la noche desprendida estrella,
Si aroma el aire recogió en el suelo,
Es el aroma que le presta ella.

2. ¿Qué rasgos psicológicos posee el personaje de Teresa?

Teresa crea violencia allá donde vaya porque vive con la verdad. Se ofrece con pureza; espera, de cada mirada, crédulamente, un mundo de afectos, sin fisuras, en el que pueda refugiarse con una entrega infantil.

He empleado antes la palabra autodestrucción. No autodegradación. No se puede hablar de autodegradación porque Teresa sigue viviendo en el riesgo y en la verdad. Ha quedado en pie su verdadera llama, su pureza. Eso parece decirnos Chacel al final de la novela. Ella ha permanecido igual, sin que, en el roce con la brutalidad de la vida, se haya desgastado. Sólo que la sociedad ha limitado al máximo su libertad, ha sepultado el amor entre rejas asfixiantes. Teresa, como el ruiseñor, termina encerrada en una jaula. ¿Cómo puede sobrevivir un ruiseñor en una jaula? El paralelismo entre éste y Teresa es absoluto.

Teresa, en un diálogo con el estudiante, dice unas palabras muy significativas: "Yo, cuando hago lo que me da la gana, me parece que es la cosa más sublime que se puede hacer, ¡y no soy hipócrita!"⁵⁹. Y, en efecto, su vida, acaso impulsada por esa llama interior que desea encontrar, de pronto, en algún hombre, es un movimiento sublime, trágico hacia su acabamiento o, más bien –así lo quiere Chacel– hacia su liberación. Su vida y su muerte tienen impulso, fuerza y sentido. Por eso, aunque Teresa se autodestruya, no podrá borrar –quizá por ser fiel hasta el final a sí misma– la trayectoria luminosa de su vida.

En cuanto al fracaso en sus relaciones sociales, creemos que Rosa Chacel ha querido mostrarnos, en la tertulia de Hervieu, algo que sería fundamental en el perfil de nuestro personaje: su inadecuación. En ella no caben las relaciones tópicas. A la menor señal de afecto reacciona con una emotividad desbordante, sin advertir que se trata de una simple cortesía y, en el caso de Salvador, brutal e interesada. Ese choque de Teresa con la realidad la sacude con violencia. Por eso se pregunta: "¿Había en alguna región del mundo un lugar donde el equívoco no germinase como mala hierba por todas partes, donde las palabras encerrasen en un círculo intachable lo dicho y lo entendido?"⁶⁰. La respuesta parece estar en el final que Rosa Chacel quiere dar a la novela: en esos dos ángeles rojos que, de golpe, dan sentido a todos los infortunios de Teresa. Porque, en su muerte, por sí sola, o en esa muerte terrible que Espronceda le da en su *Canto*, desde luego, no habría habido ninguna respuesta. Sólo un final. Rosa Chacel ofrece a su personaje algo más que un final.

Teresa se siente, una vez que han regresado del exilio, ante las miradas que le dirigen –procaces las de los hombres, crueles las de las señoras, burlonas las de la gente del pueblo– como un pájaro o un bicho inútil⁶¹. Pero también entre los brazos de Espronceda se identifica con un grillo lisiado y encerrado en una jaula: "En algo así de pequeño y de negro, así de humilde, de preso, de lisiado, era en lo que se había convertido el cogollo de su ser"⁶². Si hubiera comprendido el lenguaje de los otros, si hubiera podido comportarse como ellos, adue-

59.- Op. cit., p. 258.

60.- Op. cit., p. 115.

61.- Op. cit., p. 135.

62.- Op. cit., p. 151.

ñarse de sus resortes, defenderse, su contacto con la vida social no la habría dañado. Pero ella no conoce la mentira y eso, inevitablemente, la distancia de los demás, incluso de Espronceda. Porque Teresa rehúye los tópicos del supuesto comportamiento habitual de las mujeres y busca una relación verdadera y de igualdad con su amante. La razón está en que ella rehúya "toda apariencia de engaño"⁶³.

Ya lo dijimos antes: cuando Espronceda le desilusiona, se abisma cada vez más en su amargura y, salvo alguna relación esporádica —la del estudiante, en cuya juventud es posible que busque un asomo de la pureza que ha inspirado su vida—, cae en una indiferencia absoluta, preludio de su final.

Después de la entrevista con la madre de Espronceda, es enorme su indignación ante "el cieno que es el mundo"⁶⁴. Pero saberlo, conocer su propia soledad, no la lleva a huir, sino, por el contrario, quiere descender hasta el fondo porque, si bien esto no la llevaría a ser "menos desdichada (...) sería menos esclava"⁶⁵. Ese impulso de saber la arrastra a leer los escritos de Espronceda. El mundo, para Teresa, adquiere entonces otro orden porque comprende con claridad que, frente a él, no están ella y su amante, sino que éste forma parte de ese mundo hostil. Comprende su absoluta soledad. Si Teresa hubiera sido un ser pasivo, nunca habría llegado a conocerla cara a cara. Nunca habría ahondado hasta conocer la verdad: que Espronceda no tenía nada que ver con la manera en que ella misma concebía la verdad. Y nunca habría sentido la necesidad de ser muerte. Otro tipo de muerte. No la muerte del engaño, de la rigidez social, de la maldad, sino la muerte entendida como la única manera de afrontar todo lo que atenta contra la verdad y la vida. Teresa no es un ser pasivo. Todo lo contrario: su vida es un canto a la libertad, un canto heroico, puesto que opta por la muerte, antes que por el engaño y la acomodación. Sufre una especie de parálisis, de shock psicológico y se queda sin defensas, encerrada en sí misma. Pero es dueña de su parálisis, conoce su encierro, sabe que no hay opción ninguna, ni horizontes. La lucidez y su espíritu indomable le impiden transigir con la mediocridad.

Después de la terrible decepción y también de la ironía de dar a luz a una hija, una vida más, en un momento en que todo ha muerto en ella, su estado de postración es lamentable. Todo le parece triste: "el aire era áspero y sin sabor ni aroma"⁶⁶ y lo único que desea es que "todo se perdiese en la niebla de lo que se va: hasta su misma vida"⁶⁷. Es entonces cuando la relación con Octavio —el estudiante— parece sacarla momentáneamente de su ensimismamiento. ¿O tal vez se trate de un grado más para sumirse en la soledad total? Antes lo decíamos: Octavio quizá represente el reencuentro con su adolescencia, con su vida anterior a Espronceda. Pero el desengaño que le produce esa nueva relación significa perder otra zona más de la vida que aún podía haber retenido un poco de luz a la que aferrarse. Después de Octavio no queda nada, puesto que nada significa la relación con Escosura. Teresa —al principio lo decíamos— era el alma vacía que "de todo un dios prisión ha sido". Pero de la presencia de ese dios sólo quedan amargura y tinieblas.

63.- Op. cit., p. 168.

64.- Op. cit., p. 184.

65.- Op. cit., p. 189.

66.- Op. cit., p. 240.

67.- Op. cit., p. 241.

El adolescente supone, además, el resorte, el revulsivo que la saca de su postración al torbellino, a la aniquilación. Se trata de otro ser violento y puro, distinto a Teresa por su crueldad. Con esas profundidades de la vida, con ese riesgo, parece identificarse Teresa. Pero ella no significa nada para Octavio, sólo un objeto de deseo. Ella es un ser de ceniza, próxima a desmoronarse. También las otras mujeres le parecen así, de ceniza: "Una mujer entró en busca de uno de los bebedores, y la pobreza en ella no consistía en un vestido desgarrado: todo su cuerpo, sus ojos y su pelo parecían bataneados por el infortunio, parecían ir a deshacerse en polvo de un momento a otro"⁶⁸. Esa impresión negativa de la realidad se corrobora con su propio desmoronamiento físico.

El reencuentro con Espronceda, silencioso, se llena de voces con la hemoptisis de Teresa. Rosa Chacel, en esta escena, se muestra piadosa con el amante. Ha quedado claro, a lo largo de la novela, que él había sido el primero en desencadenar la ruptura. Pero ahora parece decirnos que el desamor es algo que golpea a los seres humanos y les impide establecer relaciones duraderas. Espronceda y Teresa hacía tiempo que mantenían una relación helada. La muerte que se anuncia en la crisis de Teresa ha venido a rasgar ese estanque helado. No hay cura posible. Los dos personajes se han llenado de silencios y no hay nada capaz de aproximarlos. El miedo de Espronceda —miedo de encarar una relación profunda— lo impide. Así se consume, de nuevo, según la versión de Rosa Chacel, el abandono de Teresa. Espronceda la conduce a un pacto de silencio, mientras que ella busca un juicio o un perdón. Comprende, entonces, que su mayor debilidad era no haber sabido morir a tiempo. Teresa es un ser desplazado que no puede integrarse en el convencionalismo brutal, aunque blanqueado por las formas, de los de su clase, y el otro, más directo, tosco e hiriente, del pueblo.

La muerte de Bayo precipita los acontecimientos. Entonces, ante la actitud huidiza de Espronceda, Teresa comprende que su marido no era un obstáculo en su relación amorosa, sino más bien una "pobre sombra" que ayudaba a mantener una ilusión. Espronceda considera a Teresa indigna de su nombre y ella, por fin, reacciona con absoluta violencia: "Todo tú no eres más que un nombre aterrorizado por la amenaza de una mujer que atenta contra el convencionalismo de su existencia"⁶⁹. Así comienza la noche, la caída, el abismamiento en su mundo cerrado y delirante. En la vida no hay que ofrecer belleza o pasión, sino dinero. Ése es el único y auténtico genio. Eso es lo que descubre Teresa al final de su vida.

¿Ha construido Rosa Chacel el perfil de una mujer, de la mujer, incluso? Evidentemente. Ha construido también una criatura, un alma que rebasa todos los límites, un alma llena de pasión y de vida.

Pero no sólo eso: ha desarrollado una novela con auténtico rigor y sabiduría narrativa. Tras una breve situación inicial en la que se nos informa del estado de la relación entre Teresa y Espronceda, va desplegándose, creciendo en complejidad, el carácter de la protagonista. Los personajes que la rodean —Mss. Langridge, la casi sombra de su marido, Espronceda...— hacen de inductores pues, en contacto con ellos, observamos nuevos rasgos de su personalidad. Todo gira en torno a Teresa. El instante de mayor esplendor —lo citamos antes— llega en el momento en que Espronceda le dice que ella es el mundo. Su ambición parece colmada. Esa dicha la ilumina en la tertulia de Hervieu. Justo ahí, en la decepción con Salvador, que interpreta sus miradas puras, llenas de emoción, como una muestra de coquetería

68.- Op. cit., p. 276.

69.- Op. cit., p. 314.

vulgar, justo ahí empieza la caída, el indicio de la quiebra insuperable que separa a Teresa del mundo⁷⁰. A partir de ese momento, Chacel construye un entramado que soporte y acompañe el proceso de aniquilación de Teresa. La escritora lo ha creado intensivamente, con pocas personas y pocos ambientes, aunque, insisto, muy intensamente trabajados. Porque debajo de esos ambientes se advierte una documentación histórica considerable. Pero Chacel no ha querido crear una novela histórica; no ha trenzado, por tanto, un cúmulo extensivo de detalles históricos, ni ha caído en la tentación de volver al realismo decimonónico. *Teresa* es una novela de su tiempo que desarrolla una historia desde un interior⁷¹ —el alma de Teresa— y desde unos interiores a veces asfixiantes. Es una sensible creación psicológica, pues la protagonista parece uno de esos raros personajes novelescos que tienen vida propia, a los que imaginamos en su entorno narrativo, pero también inmersos en el aire que nos rodea.

Como dice Rosa Chacel, Teresa no es beauvoiriana. Un psicólogo hallaría en su personalidad, en su deseo de autodestrucción, en su elevado super-yo, rasgos que, posiblemente, la vincularían a la neurosis⁷². Espronceda, como personaje, podría relacionarse a la esquizofrenia. Pero no importa todo esto, porque, como la propia escritora reconoce, ha querido dotar a su personaje de vida, tan sólo pasión y vida.

Y llegaron en fin... ¡Oh! ¿Quién impío,
¡Ay!, agostó la flor de tu pureza?
Tu fuiste un tiempo cristalino río,
Manantial de purísima limpieza;
Después torrente de color sombrío,
Rompiendo entre peñascos y maleza,
Y estanque, en fin, de aguas corrompidas,
Entre fétido fango detenidas.

“... creyó ver alzarse dos formas rojas, que tomaban la forma de dos ángeles, y se alejaban vueltos de espaldas, sin dejarle ver sus rostros”⁷³.

70.- Freud considera un singularísimo rasgo de los neuróticos “la reacción a un estímulo con efectos cualitativamente justificados, pero desmesurados cuantitativamente”, *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1948, tomo II, p. 498. Piensa Freud que las neurosis serían, ante todo, una inhibición de la evolución (p. 1.001). Ésa parece ser la actitud de Teresa ante el desengaño. Curiosamente, encontraríamos en Teresa rasgos de neurosis, enfermedad que, también según Freud, se daría, preferentemente, en el hombre. A la mujer le correspondería la histeria.

71.- Raquel Asún, op. cit., p. 48, señala “en la primera redacción se trataba de captar el lenguaje de la época, en la narración que se convertía en una, según palabras de la autora, ‘blasfemia almibarada’; pero ese aspecto fue certeramente modificado. El definitivo tributo iba más allá. Ahondaba definitivamente en un mirar dentro del alma, dentro de la razón de Teresa”.

72.- La neurosis de angustia se caracterizaría, según Freud, por: 1) La excitabilidad general; 2) la espera angustiosa; 3) ataques de angustia; 4) *pavor nocturnus*; 5) vértigo; 6) *folie de doute*; 7) náuseas; 8) parestesias. (Ver: *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis*, en *Obras completas*, cit., I, p. 181).

73.- Op. cit., p. 345.